

Salvación pública se proponía seguir, tendría por base la justicia. Hermosa palabra; pero no nos regocijemos aún. «La justicia, siguió diciendo Billaud, está en el suplicio de Manlius, que invocó en vano treinta victorias borradas por su traición. ¡Desgraciados, desgraciados de aquellos para quienes el reinado de la justicia es causa de espanto!» Nuestro gozo en un pozo. ¡Justicia es venganza! En este tono de dureza y como de ira informó el orador todo su discurso, salpicado de algunas verdades. «El gobierno militar es el peor después de la teocracia, más funesto porque arraiga hasta el fondo de las conciencias y porque sus víctimas son sus adláteres... La experiencia de los siglos nos demuestra que un pueblo guerrero prepara para sí el yugo que impone a los demás. La sed de conquistas abre el alma a la ambición, a la avaricia, a la injusticia, a la ferocidad, pasiones que transforman tarde ó temprano a unos cuantos en dominadores y a todos los demás en esclavos.» El decreto guardó relación con el tono del preámbulo: «La Convención nacional declara que, apoyada en las virtudes del pueblo francés, hará que triunfe la República democrática y castigará sin piedad a todos sus enemigos.»

¡Sin piedad! Terrible palabra, que anunciaba el recrudecimiento del Terror. Y henos aquí otra vez con la ingrata tarea de tener que hacer desfilar por delante del lector grupos de desgraciados caminando al cadalso. En Bedoin, aldea de Vaucluse, situada al pie del monte Ventoux, apareció cortado una mañana el árbol de la libertad, rotos y arrojados al lodo los carteles de la Convención. Como los habitantes se negasen a denunciar a los culpables, el comandante de un batallón que ocupaba el país, Suchet, mariscal más tarde, escribió a Maignet que era menester un castigo ejemplar, destruir a Bodoin, lo que pareció de perlas a Maignet. La población fué incendiada, y condenados a muerte sesenta y tres vecinos. Esto aparte, la comisión de Orange, recién instituida, mandó al cadalso, en el curso de unas semanas, a trescientos treinta y un ciudadanos. En el opuesto confín de Francia, con motivo de las conjuraciones que se fraguaban entre los aristócratas y los ejércitos extranjeros, se creó otra comisión extraordinaria, y Arras y Cambrai fueron teatro de espantosas ejecuciones, en las que perecieron, como de costumbre, muchos más inocentes que culpables.

Pero donde el terror arreció fué mayormente en París. El veinte de Abril, veintiún magistrados, antiguos individuos de los parlamentos de París y de Tolosa, fueron enviados al cadalso, por haberse encontrado sus firmas al pie de una antigua protesta contra los decretos de la Constituyente que abolían las corporaciones de la magistratura. Dos días después, el veintidós, compareció ante el Tribunal revolucionario numeroso grupo de personas eminentes, de origen y de opiniones muy distintas, hombres y mujeres de la primera nobleza, tres individuos de la Constituyente, D'Épremenil, Thouret y Le Chapelier, y un antiguo ministro, Malesherbes, con toda su familia, a quienes se condenó como «autores ó cómplices de las conjuraciones que han existido desde el ochenta y nueve contra

la libertad, la seguridad y la soberanía del pueblo.» Que esto se dijera de D'Épremenil, el cual, después de haber hecho en el Parlamento una oposición muy viva a la corte, habiase vuelto violentamente a favor de ella, pase; pero se afirmara también de Le Chapelier y de Thouret, que habían servido a la Revolución durante la primera parte del curso de ésta con tanto celo como inteligencia, y habían figurado entre los principales autores de las reformas de la Constituyente, esto era una infame calumnia. Precisamente, acababa de escribir Thouret en el calabozo, para la educación de su hijo, un libro donde le enseñaba a amar aquella revolución, en cuyo nombre se le mandaba a la guillotina. A los tres se les hizo subir en la misma carreta. De su serenidad, son testimonio bien elocuente estas palabras: «Señor de D'Épremenil, dijo Le Chapelier, se nos presenta en estos últimos instantes un terrible problema que resolver.—¿Cuál?—El de saber a quién de nosotros se dirigirán los huchecos del populacho.—A los dos». No hay por qué extrañarse de que Robespierre nada hiciera por salvar a Le Chapelier y Thouret, que habían sido compañeros suyos en la Constituyente y de los que estaban dispuestos a unírsele, con la derecha de la Convención. El oráculo de los jacobinos sacrificó siempre todos los afectos a su conveniencia y medro.

Más que todos estos, asombra y horroriza el asesinato de Malesherbes, aquel gran magistrado que había defendido la libertad de conciencia contra el inmortal despotismo de Luis XV, y prestado, como director de la Librería, servicios inolvidables a la libertad de la prensa. Si algún ciudadano había a quien la Revolución hubiese debido respetar, era éste en primer término, Malesherbes, el decidido protector de Rousseau y de Diderot, el constante amigo de los filósofos, y sin cuyo concurso, al decir de Grimm, no se hubiese publicado la *Enciclopedia*. Enviar al suplicio a un patricio que tanto había hecho por la libertad y la cultura, era cometer un verdadero parricidio, era como inmolar al mismo siglo diez y ocho. Ningún motivo había dado para ello. De nada se había retractado, no había tomado parte en ninguna resistencia, y su admirable conducta con Luis XVI destronado, abandonado de todos, condenado a morir, era un título más a la simpatía de las almas generosas. Y no se contentaron con sacrificarle a él sólo; arrestados fueron con él su hija, su nieta y el marido de ésta, Chateaubriand, hermano del afamado escritor. Al entrar el venerable anciano en la Conserjería, arrojóse a sus pies uno de los detenidos, expresándole con gran emoción el dolor que le causaba el verle preso. «¿Qué quieres, le dijo Malesherbes, al cabo de mis años me entero de que soy una mala persona, y me meten en la cárcel!» Cuando leyó el acta de acusación, dijo encogiéndose de hombros: «¿Si esto tuviese a lo menos sentido común!» Yendo al tribunal dió un paso en falso: «Mal presagio, exclamó, un romano se apresuraría a volverse a casa.» Tuvo el consuelo de morir con sus hijas y su yerno; todos cerraron los ojos a la luz el mismo día, sobre el mismo cadalso.

CAPILLA ALFONSO X  
BIBLIOTECA  
MUSEO  
MADRID

El veinticuatro de Abril tocó la vez á treinta y cinco vecinos de Verdun, sobre cuyo proceso y muerte ha publicado dos notables estudios Cuvillier Fleury. Se les envió al cadalso, por haber entregado aquella plaza á los aliados. Contábanse entre ellos varias doncellas de diez y ocho á veinticinco años, conocidas con el nombre de *las virgenes de Verdun*, cuyo único crimen era haber llevado unos confites al rey de Prusia cuando su entrada en la ciudad.

Aciago día el ocho de Mayo, en que compareció ante el sangriento tribunal una de las más puras glorias de Francia, Lavoisier, el creador de la ciencia del análisis y de la composición de los cuerpos, la más elevada y más profunda de las ciencias naturales, la Química, confundido con veintiocho antiguos recaudadores generales, acusados de haber cometido, antes de la Revolución, abusos en la cobranza de los impuestos. A semejantes delitos no procedía aplicar la pena de muerte; pero el revolucionario tribunal no conocía ya otra. Menos procedía condenar á Lavoisier, que, si había pertenecido á la Compañía, no había tomado parte en ninguno de sus abusos. Ni de pecado siquiera era responsable, porque la fortuna que por este camino se buscara no era para disiparla en goces y vanidades, sino para proporcionarse los medios de practicar en grande escala los experimentos que habían de hacerle dueño de los más misteriosos secretos de la naturaleza. Al anuncio de la persecución, Lavoisier habíase refugiado en un asilo que le proporcionó el conserje de la Academia de Ciencias; mas, no bien se enteró del arresto de los veintiocho recaudadores, tembló por el peligro que corría su huésped y se entregó prisionero. El Liceo de las Artes tributó al ilustre químico un testimonio de consideración, enviando una diputación á coronarle en la cárcel. Al leerse la sentencia, pidió un plazo para terminar experimentos que hubiesen realzado los magníficos resultados de sus trabajos. ¡Qué vergüenza! El vicepresidente del tribunal, Dumas, ó el acusador, Fouquier-Tinville, no se sabe cuál de los dos, respondió: «No tenemos necesidad de sabios.» Con esta respuesta se envió á la muerte al primer docto de Francia; en el instante mismo en que la ciencia hacía prodigios para proveer á Francia y á la Revolución de los medios de salvarse. Lleno de extravagantes pretensiones científicas y envidioso de todas las glorias, Marat había hecho una guerra encarnizada á Lavoisier y suscitado contra él, entre los más violentos y más indoctos de los revolucionarios, prevenciones que contribuyeron á preparar la pérdida de aquel gran gremio.

Al día siguiente de la muerte de Lavoisier fué ejecutada la hermana de Luis XVI, madama Isabel, aquella santa mujer, suma y compendio de todas las virtudes privadas, cuyo proceso hemos referido arriba. De esta suerte, como poseída de furiosa demencia, la Revolución despojaba á la sociedad francesa de los elementos más ilustres y más valiosos que contenía, sin respetar nada, ni la virtud, ni la ancianidad, ni la sabiduría.

Al tiempo que el terror vertía á torrentes sangre inocente en derredor del Comité de

Salvación pública, la discordia le despedazaba á éste las entrañas. Cada día pesaba con mayor opresión sobre los representantes la dictadura del Comité; sobre los individuos del Comité, la dictadura de Robespierre. Ya Carnot habíase visto obligado á hablar muy alto á este discípulo de Rousseau, á causa del despotismo que trataba de ejercer. Desesperábase Robespierre de no intervenir para nada en los asuntos de la guerra, y todo se le iba dar vueltas á la idea de reemplazar á Carnot. Por fortuna, Carnot era insustituible; solamente Saint-Just hubiese podido aspirar á reemplazarle. Mas le faltó valor para ello. Un día, después de acalorada discusión, Carnot le ofreció bruscamente el puesto, mostrándose dispuesto á volver al ejército. Saint-Just, no obstante la sobreestima que tenía de sí mismo, rehusó, por cobardía. Pruébalo el que, ni sobre este particular ni en sus relaciones con Hoche, se mantuvo en la buena disposición expresada por aquella actitud, si ésta hubiese obedecido á móviles nobles. La muerte de Dantón había sido como la manzana de la discordia entre los individuos del Comité. Saint-Just no perdonaba á Carnot la oposición que le había hecho en aquel trance; Carnot no perdonaba á Saint-Just el haberle empujado á firmar su fatal relación contra el inolvidable tribuno. Los altercados entre ellos se sucedían cada día más á menudo, y cada vez eran más violentos. Saint-Just llegó al extremo de amenazar á Carnot con hacerle guillotinar.—«No te temo, respondió Carnot, ni á tí ni á tus amigos: sois unos dictadores ridículos.» Como consecuencia de esta terrible escena, Carnot propuso á los dos Comités declarar en acusación á Robespierre; mas los Comités retrocedieron ante tan tremendo golpe. Tampoco Robespierre se atrevió por su parte á herir; mediadores lograron suavizar las asperezas lo bastante para que siguiesen viviendo juntos, aunque sin dejar de detestarse.

A todo esto, Robespierre no se descuidaba de aumentar sus medios de acción. Hizo nombrar á uno de los suyos, el expresidente del Tribunal revolucionario, Hermann, comisario de las Administraciones y de la Policía general, y crear un negociado especial de policía, para disminuir las atribuciones del Comité de Seguridad general, del que desconfiaba. Mas con esta segunda medida, perdió más que ganó; porque se enajenó definitivamente á la mayoría de los individuos de este Comité, los cuales, más que les pesara á David y Lebas, se pusieron completamente á merced de Billaud y de Collot. Con esto, de día en día adquiría Robespierre más relieve, apareciendo á la cabeza del triunvirato, que, á su vez, parecía dominar sobre los Comités y la Convención. La frase *Robespierre lo quiere*, oíase á todas horas y en todas partes. Fouquier-Tinville decía á un individuo á quien amenazaba con el Tribunal revolucionario: «Si Robespierre quiere, no te escaparás. Los agentes del poder nombraban continuamente á Robespierre en sus actos, como la causa de lo que todo emanaba. Ninguna víctima dejada de atribuirle su condena, ni en las cárceles sonaba otro nombre que el suyo. Hasta los extranjeros, en sus proclamas, llamaban á los soldados franceses *soldados de Robespierre*. Comprendiendo el

gran jacobino cuán peligroso era el uso que se hacía de su nombre, se apresuró á pronunciar en la Convención un discurso, para rechazar lo que él llamaba *insinuaciones pérfidas*, cuyo fin era perderle, y lo repitió en los Jacobinos, donde le valió frenéticos aplausos. Lo insertaron al día siguiente el *Journal de la Montagne* y el *Moniteur*, con grande encomio, diciendo que era una obra maestra, imposible de analizar, porque *cada palabra valía una frase y cada frase una página*. Al enterarse Robespierre pegó un salto, como picado por una víbora, y le faltó tiempo para ir á quejarse en los Jacobinos de los periódicos que adulaban á los individuos del Comité para perderlos, dándoles las apariencias de la omnipotencia. Los dos diarios se retractaron, protestando de que al elogiar á Robespierre, habían sido puras sus intenciones. Prueba esto, una vez más, que Robespierre estaba tan sobrado de vanidad como falto de noble ambición. Avido de adulaciones y de respetos, los buscaba, y luego se justificaba de recibirlos, asegurando que no los quería. Rodeábale una especie de corte, compuesta, más que de hombres, de mujeres, que le prodigaban los cuidados más exquisitos. Agrupadas constantemente á la puerta de su casa, mostraban para su persona la más tierna solicitud; no cesaban de celebrar sus virtudes, su elocuencia, su genio; le llamaban sér divino y le colocaban por cima de la humanidad. Una vieja marquesa se hallaba como á la cabeza de estas mujeres, que habían tomado á su cargo el cuidar como devotas de aquel pontífice soberbio y sanguinario.

Trabajaba al mismo tiempo Robespierre por extender su autoridad moral. Ya Couthon, al día siguiente de la muerte de Dantón, había anunciado á la Convención un proyecto de fiesta al Sér supremo, que había causado una impresión muy rara en medio de aquel torrente de sangre. Robespierre pronunció ahora, el siete de Mayo, á la Asamblea un gran discurso, que era todo un programa religioso. «En la prosperidad es cuando los pueblos, así como los particulares, deben recogerse, para ponerse en guardia contra la embriaguez, y escuchar, en el silencio de las pasiones, la voz de la sabiduría. El momento en que el ruido de nuestras victorias resuena en el universo, es, pues, aquel en que los legisladores de la República francesa deben velar con nueva solicitud por sí mismos y por la patria... Europa se prosterna ante la sombra de los tiranos que nosotros castigamos... Nuestros sublimes vecinos entretienen gravemente al mundo con la salud de los reyes, de cómo éstos se divierten, viajan, comen ó cazan;... nosotros le enseñamos los nombres y las virtudes de los héroes muertos por la libertad...» Tras este intencionado exordio, entra en el tema, que desenvuelve con gran vehemencia: «¿Quién te ha dado el encargo de anunciar al pueblo que la Divinidad no existe, á tí, que te apasionas por esta árida doctrina y no te apasionas nunca por la patria? ¿Qué ventaja encuentras tú en persuadir al hombre de que una fuerza ciega preside á sus destinos, hiriendo al acaso el crimen y la virtud, y que su alma no es más que un soplo ligero que se apaga en las puertas de la tumba?... Vosotros, los que lamentáis la pérdida de un amigo virtuoso, gustáis bien de

pensar que la parte más hermosa de su persona ha escapado á la muerte. Vosotros, los que lloráis sobre el féretro de un hijo ó de una esposa, ¿recibís consuelo de aquél que os dice que no queda de ellos más que el polvo vil?... La inocencia en el cadalso hace palidecer al tirano sobre su carro de triunfo: ¿tendría éste ascendiente si la tumba igualase al opresor y al oprimido?... A los ojos del legislador, todo lo que es útil al mundo y bueno en la práctica es verdad. La idea del Sér supremo y de la inmortalidad del alma es una apelación continua á la justicia; es, pues, social y republicana.» El mismo punto de vista, exactamente, que el de Rousseau, á quien tributó, como buen discípulo, un homenaje de respeto y de ternura. Notabilísimo es el pasaje relativo á los sacerdotes. «Todas las ficciones desaparecen delante de la verdad, y todas las locuras caen delante de la razón. Sin coacciones, sin persecuciones, todas las sectas deben confundirse en la religión universal de la naturaleza... Sacerdotes ambiciosos, no esperéis que trabajemos en restablecer vuestro imperio. Vosotros os habéis suicidado, y no se renace á la vida moral como no se renace á la existencia física... ¡Cuán diferente es el Dios de la naturaleza del Dios de los sacerdotes! Estos han desfigurado al Sér supremo transformándolo ya en globo de fuego, ó en árbol, ó en hombre, ó en rey, y le han hecho celoso, arbitrario, codicioso, cruel é implacable... El verdadero sacerdote del Sér supremo es la naturaleza; su templo, el universo; su culto, la virtud; sus fiestas, la alegría de un gran pueblo reunido á su vista para estrechar los dulces lazos de la fraternidad universal y presentarle el homenaje de los corazones sensibles y puros... Los sacerdotes han dicho á los reyes: *Vosotros sois las imágenes de Dios en la tierra: de El es de quien tenéis vuestro poder*; y los reyes les han respondido: *Sí, vosotros sois realmente los enviados de Dios; unámonos para repartirnos los despojos y las adoraciones de los mortales*. Pero dejemos á los sacerdotes y volvamos á la Divinidad.»

Robespierre no podía mantenerse una hora en estas elevadas cimas, sin ceder á sus rencorosas pasiones, que no desarmaba ni la misma muerte. Manchó este hermoso discurso, uno de los más elocuentes que pronunciara, con ultrajes á la memoria de Condorcet y de Dantón. El decreto que propuso, y que fué votado en medio de repetidas aclamaciones, equivalía al establecimiento de un culto nacional deísta. Decía: «El pueblo francés reconoce la existencia de un Sér supremo y la inmortalidad del alma, y que el culto digno del Sér supremo consiste en la práctica de los deberes humanos.—Se instituirán fiestas que llamen al hombre al pensamiento de Dios y á la dignidad de su sér, y á las que se dará nombres tomados de los acontecimientos gloriosos de la revolución, de las virtudes más caras y útiles al hombre y de los beneficios más grandes de la Naturaleza.—Se celebrará el dos de Praival una fiesta en honor del Sér supremo.»

La impresión que produjeron este discurso y este decreto fué muy grave en Francia y en Europa, pero de naturaleza muy diversa. En el extranjero, hasta los enemigos de la

CAPILLA ALFONSO X  
BIBLIOTECA  
C. A. M. N. 11